

lorosa somnolencia y la hizo estremecerse: levantó su dolorida cabeza, y vió entrar demudada y febril á madame Warner.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—¡Se han batido!—respondió Margarita.

—¿Y mi marido?

—¡Ha muerto!

—¿Y el Conde?

—¡Ha huído!

Dolores no añadió una sola palabra, y salió de la habitación con lento paso.

PARTE TERCERA

AURORA DE CONSUELO

CAPÍTULO I

EL AYA

Eran las once de una fría noche de invierno, en que la lluvia que en gruesas gotas empezaba á desprenderse de los negros nubarrones, anunciaba que iba á descargar un violento temporal, cuando dos jóvenes, que aún podían llamarse dos niñas, se hallaban sentadas ante un velador maqueado, que sostenía una lámpara y un servicio de té, de plata cincelada, para tres personas.

Empezaremos por el fondo del cuadro antes de delinear las figuras.

Era una estancia grande, y caldeada agradablemente por una chimenea elegante, en la que ardía un alegre y abundante fuego.

Los muebles eran cómodos, pero modestos, si bien de graciosa forma y positivo valor; la caoba tallada hacía allí el papel más importante, unida á una tapicería de lana y seda de grandes dibujos; pero todo esto se hallaba cuidadosamente cubierto con unas fundas de percal francés, de cuadros blancos y azules, en las que resaltaba una limpieza escrupulosa.

Sobre la chimenea, un hermoso espejo reflejaba la graciosa y artística forma de un reloj de bronce oscuro, cuya magnífica esfera blanca señalaba las horas; dos candelabros, de bronce también, y compañeros del reloj, sostenían ocho bujías con arandelas de cristal tallado y sin empezar, cuya circunstancia las constituía en un adorno más.

Más allá de los candelabros, y guardando perfecta simetría, dos copas de porcelana ostentaban dos ramos de flores de estufa, que si no derramaban más que un perfume muy escaso, alegraban los ojos con sus bellos colores.

Seis cuadros al óleo, encerrados en marcos muy sencillos, representaban la pura infancia y la santa adolescencia de la Virgen María.

La gracia risueña, la hermosura celestial de la Madre de Dios, estaban retratadas en todos aquellos lienzos, obra, á no dudarlo, de un gran pin-

tor: una imaginación joven y fresca había poetizado hasta lo ideal la encantadora y sublime belleza de la elegida para Reina del cielo.

Al pie de cada uno de aquellos magníficos lienzos, se veía esta firma con letras modestas y pequeñas: *Frantz Warner*.

Las personas que á la sazón se hallaban en la estancia eran tres: las dos jóvenes de que hablé al empezar este capítulo, y una señora de cabellos blancos, cuya alta y desgarbada estatura, extrema delgadez y gran cofia de batista, la daban á conocer por una juiciosa *miss* inglesa.

Era de fisonomía grave, pero llena de bondad, y en la que resplandecía una inocencia enteramente monjil.

Miss Ofelia era una criatura verdaderamente angelical.

Muy fea y muy pobre, sólo había tenido un novio, grueso y acaudalado comerciante de la Citté, en Londres; pero ella era delicadísima en todos sus gustos y pensamientos, y se dijo, no sin razón, que no podría ser feliz al lado de aquel hombre, y que tal vez el perpetuo sacrificio de sí misma no bastaría á conquistarle la paz doméstica, que era lo que más apreciaba en este mundo.

Cerca de treinta y seis años tenía ya cuando

perdió á su madre, que era, desde hacía largo tiempo, su única familia. Desposeída completamente de recursos, pero contando con esa perfecta ilustración, que es el mejor y más sólido patrimonio de las mujeres inglesas, resolvió dedicarse á la educación de señoritas, y logró, por medio de sus muchas relaciones, colocarse en casa de una dama que tenía una sola hija, enferma del pecho, con la que iba á hacer un viaje.

La pobre madre, creyendo que la distracción hacía bien á su hija, eligió París para residencia, y marchó con ella y el aya, que se esmeraba de un modo admirable en distraerla y prodigarle consuelos.

Dos años llevaba miss Ofelia en compañía de aquellas señoras, con las que viajó mucho, cuando la joven enferma pasó á una vida mejor en París á la vuelta de un viaje á Niza. La modista de aquellas señoras lo era también de Coralia, la Vizcondesa de Senanges, y le rogó que buscara una colocación para la pobre inglesa entre sus numerosas relaciones.

Coralia la propuso á su amiga Dolores, que desde luego la aceptó para el cuidado de sus hijas, no obstante ser la una de algunos meses y la otra de dos años y medio.

Al ver á aquella sencilla mujer, con su vestido negro, su papalina blanca y su grave fisonomía, Dolores, que hacía largo tiempo que, á fuerza de haber llorado mucho, no lloraba ya, sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Miss Ofelia le recordaba á su madre.

El aya fué muy modesta al fijar sus honorarios; se avino á cuanto se le exigió, y pareció alegrarse mucho de hallar en sus educandas dos niñas muy pequeñas.

—Yo creí—dijo la señora de Benavente—que esto sería un inconveniente para usted.

—Al contrario, señora—repuso el aya, que hablaba muy bien el español:—así las niñas me tomarán más cariño, y tengo además la seguridad de que estarán educadas por mí sola.

—Pondré á la disposición de usted los criados de interior que juzgue necesarios—dijo Dolores, que sabía cuán exigentes son las ayas inglesas.

—Sólo juzgo precisa, señora, una niñera para la niña mayor:—la otra irá en los brazos de su ama.

—¡Cómo!—exclamó Dolores sorprendida:—¿no necesita usted doncellas para las niñas?

—Las considero inútiles, señora.

—¿Ni una sola?

—Ni una: yo las vestiré, y en ello tendré un gran placer; conforme vayan creciendo, las enseñaré á servirse por sí mismas, porque algún día lo pueden necesitar.

—Señorita—dijo Dolores, que se había estremecido al escuchar estas últimas palabras,—usted previene todos mi deseos: quiero para estas niñas una educación modesta, porque nada tienen; cristiana... para que sepan soportar la adversidad, que tal vez las aqueje algún día... Me han dicho que es usted católica, y ésta ha sido para mí la mejor recomendación; pero ahora veo que tiene usted otras muchas. Á pesar de la modestia que deseo para mis hijas, y que usted profesa como principio, tendrá usted una niñera, la nodriza de la menor, un criado y una camarera; estos cuatro sirvientes se hallarán completamente á las órdenes de usted y se mudarán cuando su servicio le disguste: estarán dedicados sólo á complacer á usted y á mis hijas.

Miss Ofelia se inclinó con reconocimiento.

—También tendrá usted un carruaje para el servicio de mis hijas y el de usted—añadió Dolores.—Sólo tengo uno, pero yo salgo muy poco, y eso poco á pie.

—Yo ando mucho, señora, y acostumbraré á

mis educandas al saludable ejercicio corporal—dijo el aya.—Por mi parte, á nadie conozco aquí, y sólo iré alguna vez á casa de mi hermana.

Algunas lágrimas cayeron de los azules ojos del aya, y su semblante expresó un agudo dolor.

—Yo creí que era usted sola—observó Dolores:—así me lo habían dicho.

—Señora—respondió el aya,—tengo una hermana: mi madre estuvo casada en primeras nupcias con un inglés, y de este matrimonio nació yo. Casó después con un alemán, y tuvo otra hija de este nuevo enlace; su segundo esposo murió muy pronto, y la niña que dejó fué recogida por sus abuelos paternos y criada en Alemania, donde se casó. Yo seguí al lado de mi madre, con ella volví á Londres, y con ella viví hasta que Dios se dignó llamarla á sí; mi hermana vino á París con su esposo, que perdió también la vida, quedándose sola en la tierra para amparo de sus dos hijos... ¡Pobre Margarita! ¡Dios sabe que si sufro en el mundo es sólo por ella y por sus niños!

—¿Qué dice usted?; ¿se llama Margarita?—preguntó admirada la señora de Benavente.

—Ese es su nombre.

—¿Cómo era el de su esposo?

—Frantz Warner.

—Conozco á esa noble joven—dijo Dolores tras algunos instantes de silencio;—no podía usted tener mejor recomendación para mí, señorita, que ser hermana suya.

—Es la misma virtud—repuso Ofelia con un entusiasmo de que no se la hubiera creído capaz.—Cuando ella vino á París, aún me hallaba yo al lado de nuestra madre. Á pesar de su pobreza, que aumentó con la larga enfermedad de su esposo, nos llamaba á su lado. «Venid—nos decía:—lo pasaremos mejor todos juntos, y me ayudaréis á cuidar de mi pobre Warner.» Ya estábamos decididas, cuando murió Warner, y poco después le siguió mi madre.

—Siento anunciar á usted, querida miss Ofelia—observó Dolores,—que va usted á separarse de nuevo de ella: acabo de enviudar, y dentro de algunos días salimos para España.

—Hágase la voluntad de Dios—dijo la inglesa,—si ella es que yo viva lejos de Margarita. Cuanto tenga, señora, y deba á la generosidad de usted, será suyo y de sus hijos; mis necesidades son pocas: habiendo renunciado al mundo y á sus vanidades, de las que, por otra parte, he vivido siempre muy separada, me basta un modesto tra-

je, y sólo apetezco el retiro, que para mí estará embellecido por la presencia de mis dos niñas.

Pocos días después de esta conversación, salió para Madrid Dolores con sus dos hijas y el aya.

Ofelia fué á despedirse de Margarita, y la instó á que partiese también á Madrid para vivir cerca de ella.

—Eso es imposible por ahora, hermana mía—respondió Margarita.—Siempre he mirado en ti á una madre buena y amorosa; pero hoy debo hacerme reflexiones, de las que sin duda reconocerás la justicia: no perdonaré ningún sacrificio para que mi hijo sea un gran pintor; y ya que no pueda enviarle á Italia, deseo que por ahora estudie con alguno de los maestros que dan honra á la Francia.

—Está bien—dijo Ofelia.—Pero si tu hijo pudiera ir á Italia, ¿vendrías tú cerca de mí con tu hija?

—Tal vez sí—contestó Margarita:—á tu lado sería mucho menos desgraciada.

—Pues bien, hermana mía—dijo la inglesa estrechando afectuosamente la mano de la alemana:—desde hoy todos mis esfuerzos irán encaminados á lograr que tu hijo vaya á Italia, y que te vengas cerca de mí: quiero educar á tu hija y salir

viarte al menos de ese cuidado. Margarita, yo he prometido á la señora de Benavente acompañarla; pero ahora se despedaza mi corazón al pensar en que debo separarme de ti.

—¡Cómo!—exclamó Margarita:—¿la casa donde has entrado de aya es de la señora de Benavente?

—Sí: ella me ha dicho que te conoce.

—En efecto, me ha dado bordados alguna vez. Ofelia, la bondad divina es la que te lleva á su casa, como el ángel guardián de sus pobres hijas. Es una mujer desgraciada y quizá culpable; pero sé poco de su vida, y eso poco ni yo te lo debo decir, ni tú querrías escucharlo... Contentémonos con compadecerla, y no penetremos en las profundidades de su existencia: sus dos niñas ya no me parecen dignas de lástima, pues que te tienen á ti, mi buena y santa hermana. ¡Parte, y que Dios te ayude en tu noble tarea!

Ofelia partió, pues, para España con Dolores y sus hijas, á las que tomó desde luego un cariño entrañable.

CAPÍTULO II

CONTRASTES

Las niñas eran encantadoras. Lágrimas no era hermosa, pero era imposible defenderse del admirable prestigio de su viveza y de su gracia: dos ojos grandes y negros alumbraban su carita morena y dulce; su nariz, muy pequeña, era levantada; su boca, pequeña también, de labios finos y acarminados; su dentadura, sin ser perfecta, era muy blanca; su frente, cargada de cabellos negros, era quizá la más encantadora de sus facciones; dos espesas trenzas, que bajaban desde sus sienes, guarnecían su rostro oval, dulce y expresivo.

Su estatura, pequeña y llena de gracias, era ya airoso; sus pies y manos eran diminutos; adoraba á su hermanita, y le cedía sus dulces, sus juguetes, y todo lo que poseía, colmándola de caricias.

Luz era el ideal de la belleza infantil; pero de esa belleza que promete crecer en vez de ir á menos, y cuya perfección se adivina para más tarde,

como se adivina el brillo de un rico diamante á través de un ligero velo.

Más robusta que su hermana, era al propio tiempo más delicada en su tipo; era tan fina su tez, que se veía sin trabajo circular la sangre bajo su blanca epidermis; sus cejas, cabellos y pestañas, sin ser negros, tenían un obscuro y sedoso color que se podía llamar castaño subido; sus ojos eran dulces y tristes, y á la más leve emoción se arrasaban de lágrimas.

Tan fácil era para Luz ponerse pálida, como sonrosarse vivamente, y estos dos matices de su rostro dependían de la variedad de sus impresiones.

Su boca, de labios más gruesos que la de Lágrimas, se asemejaba á una fresa en su cándida y hechicera forma y su encendido color: hubiéranse podido equivocar sus dientecitos con esas menudas perlas de Oriente que llevamos engastadas en los brazaletes ó en las sortijas.

Tenía la nariz pequeña y del más puro dibujo griego. Era menos delgada que su hermana, y se parecía á esas vírgenes del inmortal Murillo que nos sonríen en medio de grupos de ángeles.

Tal eran las dos hermanas: en su parte moral había también algunas diferencias; pero servían

sólo para hacer resaltar las perfecciones de entrambas.

Era Lágrimas más viva y Luz más dulce; ésta más medítabunda, aquélla más alegre; Luz sentía más; Lágrimas era más acariciadora; pero las dos estaban unidas por un cariño tan vivo y tan tierno, que parecían un solo ser en el que el cielo había reunido, con mano pródiga, todo el tesoro de sus gracias y de su belleza.

Una vez instaladas en Madrid en una casa espaciosa de la calle de Atocha, la señora de Benavente reiteró á miss Ofelia todos sus encargos.

—Quiero—le dijo—que se eduquen en la modestia y en la sencillez; que las haga usted humildes y cristianas, laboriosas é instruídas, para que sean buenas hijas primero, y luego buenas esposas y buenas madres.

En tanto que así miraba por la verdadera felicidad de sus hijas, Dolores, desposeída de todo recurso sobre la tierra, se dispuso para la azarosa vida que debía costear la educación cristiana y el bienestar modesto de las dos niñas.

Iba á vivir como una aventurera; pero por extraña y bien comprensible contradicción de ideas, quería que sus hijas viviesen muy lejos del teatro de sus desórdenes, y que las rodease

tanta pureza como á ella iba á cercarla cieno y miseria.

Por esta causa, la parte de la casa destinada á las dos niñas y á su aya, se hallaba tan distante de la otra parte habitada por su madre, que no podía llegar á ella el más leve rumor.

La habitación de la madre era una maravilla de lujo voluptuoso.

La de las hijas respiraba inocencia, modestia, y ese perfume doméstico, tan suave y encantador, que habla al alma el dulce lenguaje de la virtud.

Las niñas dormían en dos camitas blancas y sencillas, entoldadas de muselina, y veladas por la dulce imagen de la Virgen de la Esperanza.

El lecho de la madre era un suntuoso mueble de cedro y nácar, cuyos cuatro pies, muy bajos, representaban cuatro silfos, y cuyo cortinaje de gasa, bordado de seda de colores, sostenía un Cupido de alabastro.

El cielo de este lecho era un soberbio espejo rodeado de flores. Todo guardaba la misma proporción.

Este arreglo interior necesitaba sumas enormes para ser sostenido. Dolores nada poseía, y le era forzoso hacerse célebre para atraer á sus redes al-

guno de esos hombres que pagan un capricho ó una pasión con montes de oro.

Dolores no tuvo que esperar largo tiempo. Lord Sheridan, informado por Coralía de la posición de la joven viuda, y verdaderamente apasionado de ella, la siguió á Madrid; y la misma Coralía, que ya empezaba á no estar de moda en París, le prometió pasar largas temporadas en la corte de España, y al lado de su amiga.

Un año hacía que ésta y sus hijas se hallaban en Madrid, cuando Margarita, vencida al fin por las instancias de Ofelia, salió también de París para venir á su lado.

Frantz, cuyo genio para la pintura se elevaba ya á una altura inmensa, había hallado un protector que le había propuesto llevárselo á Italia.

Era el Conde Guido Soranzo, joven señor romano, que había visto un cuadro de aquel artista niño, que figuraba en la Exposición de París, y que representaba la oración del huerto.

Debajo decía en pequeñas letras: *Frantz Warner: de edad de 11 años y 7 meses.*

Ante aquel lienzo, en la fisonomía bella y expresiva del Conde Guido apareció el más vivo entusiasmo: se informó del domicilio del joven pintor, y fué á su casa.

—Señora—dijo á la madre de Frantz,—aquí hay diez mil francos. *La oración del Huerto* es mía: parto á Roma, y se la regalaré á mi madre. ¿Quiere usted dejar á su hijo que me acompañe? Será para mí como un hermanito joven, y en tanto permanezca allí para su educación artística, acompañará á mi madre en la soledad de su castillo, situado en la encantadora isla de Ischia. Quiero ser su protector, y sé que aprovechará mi protección, porque un gran artista debe tener el alma noble.

Frantz, el pobre Frantz, besó llorando la mano del Conde.

¡Iba á Roma, y, gracias á él, dejaba pan para su madre y su hermanita!

Dos días después partieron, y Margarita fué á consolarse de aquella dura separación al lado de su hermana.

Ida, que tenía unos siete años más que Luz y cinco más que Lágrimas, se hizo la mejor amiga de las dos niñas y compartió todos sus estudios bajo la dirección de su tía.

Modesta iba también á ver á Dolores con su hermana Cesarina; pero así que se apercibió del género de vida de su antigua amiga, rehusó verla, y sólo se ocupó de sus hijas, y de Ofelia y Margarita.

Vamos ahora á encontrar de nuevo á las dos educandas con su aya, en derredor del velador donde humeaba el té, colocado junto á la chimenea.

Las dos hermanas tenían todas las gracias que su infancia prometía: Lágrimas era más pequeña y más delgada que su hermana; su carita era preciosa; su risa llena de encanto.

Luz era más alta y más torneada: era dulce, triste, poética en sus pensamientos y ademanes; el eco de su voz dejaba en el oído una música deliciosa.

Vestían muy sencillamente unos trajes de merino azul obscuro, cortados y hechos por ellas mismas.

Las dos llevaban cuellecitos lisos á la inglesa, y bajo éstos una corbata pequeña de raso color de cereza.

Miss Ofelia llevaba su invariable traje negro, su gorra de batista con bonitos encajes de hilo, y sus bucles, que ya principiaban á encanecer.

Sobre un costurero, al lado del velador donde se tomaba el té, había dos bordados y un libro.

Las dos hermanas bordaban y leían alternativamente durante la velada.

Sentadas junto al velador, Luz iba tomando el

té, á pequeños sorbos. Lágrimas le movía lentamente con la cucharilla, conociéndose que tenía muy poca gana de tomarlo.

—Hija mía—dijo miss Ofelia dirigiéndose á Lágrimas:—no sé, en verdad, cómo infundir á usted más fortaleza para los pequeños reveses de la vida; ya he agotado las reflexiones y los ruegos. Crea usted que soy desgraciada al verla padecer tan sin razón.

La joven no contestó; pero dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos, y á no haberlas recogido con su pañuelo, hubieran caído en el té.

—¿Ahora llanto?—exclamó Luz:—á bien que parece que tu nombre lo pide; pero le justificas de suerte, que lloras por la cosa más insignificante.

—¿Por qué dijo que vendría?—exclamó Lágrimas á media voz y con acento doloroso.

—Pero, ¿no sabes que ha llovido, que llueve? Además, Ida no acaba de conocer cuál es tu genio: si lo conociera, no aventuraría promesas que no sabe si ha de cumplir.

En aquel instante se oyó un paso rápido y el roce de un traje de seda.

—Vamos, aquí está mamá—dijo Luz;—serénate: ¿qué dirá al verte así?

Apenas había acabado de decir estas palabras,

la puerta entornada se abrió del todo, y una mujer, que podía pasar por un modelo de gracias y hermosura, entró en la sala.

Era Dolores.

Contaba entonces treinta y tres años, y su belleza era tan admirable y de un género tal, que el ánimo se quedaba suspenso al contemplarla.

Toda su antigua dureza, toda la expresión sombría que antes resaltaba en sus facciones, había desaparecido.

Pero, en cambio, una expresión tristísima de desaliento, de fatiga, de dolencia moral y física, daba á su rostro y á toda su persona un aire á la vez dulce y melancólico, que la hacía doblemente interesante.

Su tez era blanca como las azucenas; sus ojos, negros y grandes, parecían á veces tristes y llenos de pensativa ternura, y otras llenos de esparto y de fatiga; su cara estaba marchita, sin que por eso hubiera perdido su encantador dibujo; sobre su frente se dividían dos hermosas bandas de cabellos que se habían vuelto negros y sedosos, y en los que la luz del quinqué reflejaba como en un cristal.

Estaba vestida con una bata de merino blanco forrada de tafetán azul, y que se abría sobre una

enagua ricamente bordada y ornada de volantes: esta bata estaba ceñida á su delgado talle por un largo cordón de seda azul, que remataba en dos borlas.

Sobre sus cabellos llevaba una toquilla blanca de encaje, por debajo de la cual se escapaban algunos gruesos rizos, negros como la endrina.

Su cuello, un poco largo, redondo y blanco como el marfil; sus manos perfectas, blancas, algo prolongadas y de uñas de color de rosa; su pie estrecho y arqueado, que asomaba por debajo de los pliegues de su bata, calzado con una china de raso azul, bordada de plata; su delicado talle, la elegancia de todos sus movimientos y la distinción de sus maneras, hacían de aquella mujer un tipo encantador.

Entró rápidamente, y llegando adonde estaban las dos jóvenes, asió sus manos y las besó en la frente una tras otra con íntima ternura.

—¡Gracias á Dios que me veo entre vosotros!— exclamó sentándose en una silla y haciendo colocar á las niñas á su lado.

—Ya creíamos que no venías, mamá—dijo Lágrimas.

—¿Acostarme yo sin veros?—repuso Dolores:— eso no podía ser. ¿Acaso, señorita mal pensada,

lo he hecho yo alguna vez?... Pero, ¿qué es eso, Lágrimas? Estás triste: parece que has llorado.

Esto diciendo, acercó Dolores, con un movimiento lleno de cariño, la blanca y fresca carita de su hija á la luz del quinqué.

—¡Pero si llora por todo!—observó Luz:—lloraba cuando has entrado tú, porque Ida dijo anoche que iba á venir hoy y no ha venido.

—¡Vaya un motivo grandel!—exclamó Dolores.—Hija mía, no ofendas al cielo derramando, tus lágrimas, ese rocío del alma, por tan insignificantes motivos. Miss Ofelia, suplico á usted que tire de la campanilla.

El aya obedeció, y un criado se presentó al momento.

—Vaya usted al instante á casa de la señora Warner, y pregunte usted el motivo de no haber venido esta noche.

El criado salió.

—Y bien—dijo Dolores cuando volvieron á que darse solas:—¿no podré yo ver las labores de ustedes, señoritas? Hoy es sábado y día de examinar los adelantos.

Á una señal de su aya, las dos jóvenes se levantaron y entraron en un gabinete inmediato.

—Creo—dijo miss Ofelia—que la señora que

dará muy contenta esta semana. Lágrimas adelantada de una manera prodigiosa en la pintura... Y á propósito, quisiera hablar á la señora dos palabras, pero no ahora, sino despacio y á solas: ¿podrá concederme media hora después que se acuesten las señoritas?

—No...; esta noche no puedo, querida Ofelia—respondió la señora de Benavente un poco turbada;—pero será mañana, á la hora que usted quiera.

Las dos jóvenes, que volvían, llamaron de nuevo la atención de Dolores.

Traía la una en la mano un precioso bordado blanco, casi concluído.

Luz conducía un lindo almohadón de tapicería, terminado ya y graciosamente adornado de borlas en sus extremos.

—¡Oh, qué bonitas labores!—exclamó la joven madre con entusiasmo.—¿De dónde ha salido el maravilloso dibujo de este pañuelo de batista?—preguntó tomando en la mano el bordado de Lágrimas.

—Es obra de la señorita —respondió miss Ofelia.

—Pero le ha enviado el boceto Frantz—objetó Luz aturdidamente.

Un subido carmín vistió las lindas facciones de Lágrimas al oír el nombre de Frantz, y se pintó en ellas una emoción tan viva que su madre la miró llena de asombro.

Pero deseando interrogarla más despacio, nada quiso decir, y tomó la tapicería de su hija menor.

—Este paisaje está copiado de uno pequeñito que el señor Federico Benavides ha enviado dentro de una carta—observó miss Ofelia, siempre atenta á hacer resaltar los talentos de sus educandas.

Entonces fué Luz la que se puso colorada hasta el blanco de sus ojos, cuya sensación tampoco se escapó á la perspicaz mirada de su madre.

—¡Es un admirable paisaje!—dijo contemplando ambas labores con una delicia que nada tenía de fingida.—¡Qué árboles! ¡Qué yerbas! ¡Es imposible imitar mejor á la Naturaleza! ¡Lágrimas, tú bordas lo mismo que mi madre, á la que te pareces en el cuerpo y en el alma; del mismo modo que Luz se parece á mi padre. ¡Ahl; ¡cuánto os hubieran amado vuestros abuelos si la muerte no me los hubiera arrebatado!

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Dolores: aquella herida no se cicatrizaba jamás.

Las jóvenes, afligidas por el dolor de su madre, guardaron silencio.

—Vamos, hijas mías, os entristezco—murmuró la señora de Benavente:—¡quería yo tanto á aquellos dos nobles ancianos! ¡Ah!; ¡los días de mi infancia, aquellos hermosos días bañados de sol, me han dejado recuerdos muy dulces, pero también muy dolorosos! Hijas mías, todo se vuelve á encontrar en el mundo otra vez... todo, menos unos buenos y amorosos padres... Pero, vamos, os voy á poner tristes, y no quiero que esto suceda... Señoritas, que vea yo alegres esos hermosos ojos y sonreír esas lindas bocas. Este almohadón me lo llevo ahora mismo á mi gabinete, y quiero saber cuándo podré usar ese pañuelo, al que se pondrá un rico encaje.

El pañuelo estará dentro de dos días, mamá—dijo Lágrimas.

—Mira, mamá—observó Luz:—el almohadón está bien relleno para que lo pongas delante de tu reclinatorio y te arrodilles en él para rezar: para ese objeto lo he hecho.

Dolores pasó la mano por su frente, que había cubierto un doloroso rubor, y miró con ternura á su hija: ¡ella altar y reclinatorio! ¡ella, que no pisaba el templo! Su altar era la habitación de sus hijas.

El criado que había ido á averiguar por qué no

habían ido Margarita y su hija, entró en aquel momento.

—Madame Warner me ha dicho que la señora Ida se ha acostado con jaqueca—dijo,—pero que espera que no será cosa de cuidado y que mañana vendrán. Al mismo tiempo debo advertir á la señora que la espera en el salón hace ya un rato, madame de Senanges.

Al oír esta última noticia, palideció Dolores y se levantó presurosa.

—Mamá—dijo Luz:—siempre que te dicen que ha venido esa señora, parece que sufres... ¿Por qué la recibes?

—Anda, mamá, que la despidan, por hoy al menos, y estate aquí con nosotras—añadió Lágrimas.

—Imposible, hijas mías—respondió Dolores:—es una señora que no puedo excusarme de recibir.

—¿Pero por qué no entra aquí?—preguntó Luz.

—Viene á hablarme de negocios... ¡Ea!; adiós, ángeles míos, hasta mañana. Rezad vuestras oraciones y acostaos: la noche está muy mala. ¿De-seáis algo?

—Yo—dijo Luz,—un sombrero de terciopelo azul turquí.

—Yo—opinó su hermana,—una cartera de cuero de Rusia.

—Lo tendréis mañana; y lo tendríais hoy si las tiendas estuvieran abiertas.

—¡Qué buena eres, mamá!—exclamó la niña mayor abrazando á Dolores.

—¡Oh, sí; ¡qué buena, qué cariñosa!—añadió la otra.—¡Mamá mía, eres un ángel!

Y abrazó á su madre llenando de besos su frente y sus mejillas.

Una emoción extraordinaria se pintó en las facciones de Dolores, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Hijas mías—exclamó conteniendo con pena los sollozos,—¿me amaréis así siempre?

—¡Siempre, siempre!—respondieron las dos niñas.

—Si perdiese vuestro cariño, me moriría, porque soy muy desgraciada. ¡Oh, sí; ¡vuestro amor es mi vida!... Pero os estoy afligiendo. ¡Vamos, está visto que esta noche tormentosa me ataca á los nervios! ¡Adiós, adiós, hijas mías! Dormid bien, y hasta mañana.

Dolores, presa de una terrible agitación nerviosa y ahogada por su emoción, se lanzó fuera del modesto y tranquilo saloncito de labor.

—¡Dios mío!; ¿qué tendrá mamá?—exclamó Luz muy pensativa:—estaba triste y en extremo conmovida...

—Sí, parecía muy agitada—añadió Lágrimas.—¿Tendrá algún disgusto?

—Nunca faltan desazones en la vida—observó con su sentenciosa candidez el aya.—La señora tiene cuidados, señoritas, pues ella sola está al frente de la casa... Pero vamos á rezar las oraciones y á acostarnos, que son cerca de las doce, y no me gusta que se recojan ustedes tan tarde. Mañana iremos á ver á Ida.

Las dos jóvenes, seguidas de la metódica Ofelia, entraron en su dormitorio.

Era una sala con dos alcobas, que además les servía de cuarto de tocador.

Cada alcoba contenía un lecho virginal, entoldado de blanco.

Un hermoso tocador de caoba, dos cómodas sencillas y dos lavabos de mármol componían, con dos roperos y algunos sillones, el mueblaje de la sala.

En cada alcoba había un reclinatorio á los pies del lecho, coronado por un Crucifijo.

Dentro de esta habitación estaba la del aya, que constaba de un gabinete con alcoba, amue-

blado con sencillez, comodidad y buen gusto.

Las dos niñas abrazaron á miss Ofelia; luego, la una á la otra se sirvieron de camareras, y, ya envueltas en sus batas de noche y cubiertas las negras cabelleras con sus cofias de dormir, se dieron un tierno abrazo, diciéndose entre el rumor de un beso:

—¡Hasta mañana!

Cada una se arrodilló en su almohadón delante de su reclinatorio, y elevó al cielo las últimas oraciones de aquel día.

Poco después, las dos hermanitas dormían un sueño tranquilo é inocente, y la habitación estaba sólo alumbrada por la dulce claridad de la lámpara que pendía del techo en la sala del tocador, que precedía á las alcobas.

CAPITULO III

ESCLAVITUD

Sigamos á Dolores al salón donde, según había dicho el criado, la esperaba madame de Senanges.

Coralia no se atrevía á usar el título de *Vizcondesa* desde que había llegado á España, donde, por otra parte, le iba tan bien como suele suceder á todas las personas de su clase, pues es sabido que nuestra patria acoge y protege con cariño á las gentes de esta calaña, si traen el diploma de extranjeros.

Coralia se puso de moda al llegar: su belleza, su talento para la intriga, sus modales escogidos, eran á propósito para seducir y cautivar: dotada de un carácter flexible, que sabía revestirse de extraordinaria dulzura y que ocultaba no poca energía, nada había que se le resistiese, y fué al mismo tiempo dama de un personaje poderoso, corredora de empleos con enormes ganancias, y embaucadora de cándidos para proponerles negocios de mucha importancia.